

taba apagado, pero como las márgenes del Muotta son escarpadas, no pudo salir del rio y se quedó todo aquel tiempo en el hielo : quisieron acercarlo á la lumbre ; pero así que la vió echó á correr como un rabioso, y no paró hasta llegar á casa, en donde estuvo seis semanas malo.

Desde aquel tiempo no puede sentir ni el fuego ni el agua.

Como yo habia visto repugnancias mas extraordinarias que las de Perico, comprendí perfectamente la suya, y tornó desde entonces en mi aprecio, y á tener toda la consideracion que le habian hecho perder sus dos escapatorias.

### HISTORIA DEL HOMBRE.

Charlando á mas y mejor, llegamos á Ibach, y como el desayuno se hacia esperar mucho, propuse á mi hombre que tomásemos un bocado, el que admitió la oferta con la misma franqueza con que se le hacia, y nos pusimos á la mesa.

— A propósito, le dije, mientras nos hacian una tortilla, habeis dejado escapar cierta palabra, que yo he recogido.

— ¿Cuál, mi amo ? me respondió él, que empezaba ya á familiarizarse con mis maneras.

— Habeis dicho que habiais conocido á los Franceses del tiempo de Massena.

— Un poco, respondió despues de haber apurado su vaso haciendo castañear su lengua en el paladar.

— ¿ Y habeis tenido trato con ellos ?

— ¡ Oh ! con uno entre otros. ¡ Qué ganapan ! y era un capitan, sin embargo.

— ¿ No podríais contarme eso ?

— Sí tal. Imaginaos... pero ya está aquí la tortilla...

Efectivamente nos traían el plato indispensable, único á veces de las malas posadas, y en la precipitación con que mi convidado saludaba su presencia, habría sido una crueldad el distraerle de los cuidados que al parecer estaba dispuesto á tributarle.

— ¡Diablo! dije yo, mucho me pesa que probablemente no sigamos mas lejos por el mismo camino, pues hubiéramos hablado de la famosa batalla.

— ¡Oh! sí, una de las mas famosas: ¿Vais á Schwitz?

— Sí, pero no en seguida; quisiera antes ver la Muotta-Thal.

— ¡Pues bien! Estamos entonces como deseamos, precisamente vivo yo allí; desde mi ventana se ve hasta la aldea de Muotta, en donde fué lo mas caliente de la refriega. Venios á dormir á mi casa, no estareis muy cómodamente, pero allí hay un cuartito.

— A fe mia, le dije yo, acepto la oferta como me la haceis, sin cumplimientos.

— Teneis razon, donde hay incomodidad no hay placer. Vereis á Mariana que es una excelente muchacha que me cuida mucho, no tendreis gamuza, porque el cazador no esta allí ya. — El anciano exhaló un suspiro: ¡pobre Francesco..... En fin, encontrareis gallinas, buena manteca y exquisita leche. ¡Vamos!

— Estoy seguro de que estaré muy bien.

— Muy bien no, pero se tratará de que esteis lo menos mal. ¡A vuestra salud

— A la vuestra, amigo, y á la de las personas de vuestro afecto.

— Gracias: me haceis recordar que me he olvidado de Perico...

— Yo he pensado en él, yo, y probablemente á estas horas estará comiendo mejor que nosotros.

— Vaya, gracias. Mirad, todo lo que me queda en este mundo es Mariana, Fidel y Perico: cuando vuelvo á mi casa, Perico rebuzna, Fidel me sale á mi encuentro, y Mariana aparece en el dintel de la puerta. Los que llegan son bien recibidos de los que esperan. Cuando se vive aislados, como nosotros vivimos, uno se hace amigo de los animales, cuyas buenas ó malas costumbres se conocen: las buenas les vienen de la naturaleza y las malas de sus relaciones con nosotros. Cuando se sabe esto se les disimulan las malas, porque ¿á qué empeñarse en que los animales sean mas perfectos que los hombres? Si Perico no hubiese conocido jamás á los parisenses, y esto sea dicho con vuestro perdon...

— Continudad, continuad, yo no soy de Paris.

— No tendria el carácter maleado como lo tiene.

— Y era verdad lo que decia, la civilizacion todo lo corrompe, hasta á los burros.

Durante este diálogo, habían desaparecido la tortilla y el queso, y en la botella no quedaba ya mas que para el último brindis; echámoslo, y partimos en seguida.

— ¿Y nuestro capitán? dije yo al momento que hubimos pasado la última casa.

— ¡Ah! sí, el capitán! Era la mañana del 29 de setiembre, día de la batalla; me acuerdo como si

fuera ayer y hace ya treinta y cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo! ocho días hacia que acababa de casarme, y tenía alquilada la casa que hoy ocupo. Había yo dormido en Ibach, cuando al salir de la posada fui detenido por cuatro granaderos, me llevaron delante del general: yo no sabía qué querían hacer de mí.

— ¿Hablas francés? me dijo él.

— Sí: es mi lengua.

— ¿Y hace mucho tiempo que vives en este país?

— Cinco años.

— ¿Y le conoces bien?

— ¡Toma! ya lo creo.

— Bien está, capitán, continuó volviéndose á un oficial que aguardaba sus órdenes, ahí tenéis al hombre que os hace falta. Si os dirige bien, hacéldle dar una recompensa; y si os vende, hacéldle fusilar.

— ¿Lo oyes? dijo el capitán.

— Sí, mi oficial, respondí yo.

— Pues bien, ea, adelante y en marcha.

— ¿Y á dónde?

— Ahora te lo diré.

— Pero en fin...

— Vamos, pocas razones, ó te pego.

No había nada que responder á esto. Internámonos en el valle, y cuando hubimos pasado por Schonenbuch, en donde estaban las avanzadas francesas: — Ahora, dijo el capitán mirándome á la cara, es preciso tomar á izquierda ó á derecha y llevarnos mas arriba de la aldea de la Muotta; allí tenemos alguna cosa que hacer: ten cuidado de que no caigamos en manos de alguna partida ene-

miga, porque te prevengo que al primer tiro: cogió un fusil de manos de un soldado que llevaba dos, lo hizo voltear como un junco, y dejando caer la culata á dos pulgadas de mi cabeza añadió: te mató.

— Pero, señor, dije yo, no será culpa mia si....

— Ya estás prevenido, arréglate como puedas; ni una palabra mas y marchemos.

Hubo silencio en las filas y nos internamos en la montaña: como era necesario ocultar nuestra marcha á los Rusos, que ocupaban á Muotta; gané los pinares que estais viendo y que llegan hasta mas allá de mi casa. Llegado cerca de ella le dije al capitán:

— Mi oficial, ¿teneis la bondad de permitirme que avise á mi mujer?

— ¡Ah! tunante, me dijo el capitán dándome un culatazo en las espaldas, ¿quieres vendernos?

— Yo, mi oficial... ¡Oh!

— Silencio y marchemos.

Ya veis que no se podia replicar nada. Pasamos á cincuenta pasos de mi casa, sin que pudiera decir una palabra á mi pobre mujer; rabiaba yo que era una compasion. En fin, por un claro descubrimos á Muotta: yo se la enseñé con el dedo, no me atrevia ya á hablar. Veíase á los Rusos que avanzaban por el camino.

— Bien, dijo el capitán. Ahora se trata de que nos lleves lo mas cerca posible de esos canallas.

— Eso es bien facil, dije yo, pues hay un sitio en que el bosque baja hasta cincuenta pasos del camino.

— ¿Y es el mismo en que estamos?

— No, otro: hay un llano entre los dos; pero el

segundo bosque impedirá que nos vean salir del primero.

— Llévanos á ese punto, y cuidado con que nos vean, porque al primer movimiento que hagan te malo.

Volvimos otra vez atrás, pues yo deseaba tomar todas las precauciones posibles para que no fuésemos vistos, convencido como estaba de que el maldito capitán haría lo que decía. Al cabo de un cuarto de hora llegamos á la ladera: habia como un medio cuarto de legua de un bosque á otro. Al parecer todo estaba tranquilo en derredor nuestro: nos internamos en el espacio vacío y todo iba bien hasta entonces: mas cálate que al llegar á unos veinte pasos del otro bosque, salió de él un fuego horroroso...

— ¡Toma! dije yo al capitán, parece que los Rusos han tenido la misma idea que nosotros.

No tuve tiempo de decir mas: me pareció que la montaña entera caía sobre mi cabeza: era la culata del fusil del capitán. Yo ví fuego y sangre: luego no ví nada mas y caí al suelo.

Cuando volví en mí, era de noche; no sabia en dónde me hallaba, ignoraba lo que me habia pasado, no me acordaba de nada, solamente sentía horrorosamente pesada mi cabeza.

Echéme mano á ella, sentí mis cabellos pegados á la frente, ví mi camisa llena de sangre, en mi derredor habia cadáveres, entonces me acordé de todo.

Quise levantarme; pero me pareció que la tierra temblaba, y me ví obligado á recostarme hasta que poco á poco fui volviendo enteramente en mí. Me acordé que á algunos pasos del sitio en que me

encontraba corria un manantial: fui de rodillas arastrando hasta él, lavé mi herida, tragué un poco de agua que me hizo mucho bien, pensé entonces en mi pobre mujer y en la inquietud en que por mí debería estar, esto me volvió mi ánimo, hicéme cargo en donde me hallaba, y aunque vacilante todavía me puse en camino.

Parece que la tropa á que yo servia de guía se habia retirado por el mismo camino que yo la habia enseñado, pues en todo lo largo de la ruta encontré cadáveres, que disminuian sin embargo en cantidad, á medida que yo adelantaba; en fin, llegó el momento en que no encontré ninguno, ya sea porque la columna hubiese cambiado de dirección, sea porque hubiese llegado al sitio en que el enemigo hubiese cesado de perseguirla. Anduve todavía un cuarto de hora: al fin descubrí mi casa. Entre el bosque y ella habia un espacio vacío donde hacíamos pacer nuestros animales y á los dos tercios de aquel espacio descubrí al resplandor de la luna una cosa semejante á un hombre tendido. Diríjime al objeto en cuestion, á algunos pasos ya no me quedó duda alguna: era un militar, veía brillar sus charreteras; me incliné hácia él: era mi capitán.

Entonces llamé como tenia costumbre de hacerlo cuando volvia para anunciar desde lejos mi regreso; mi mujer conoció mi voz y salió, corrí hácia ella, y cayó casi muerta en mis brazos, habia pasado un dia terrible y lleno de inquietud. Habíanse batido en los alrededores de la casa; ella habia oído todo el dia el fuego de la fusilería y los cañonazos que retumbaban en el valle.

Interrumpíla para enseñarla el cuerpo del capitán.

— ¿Está muerto? exclamó.

— Muerto, ó no, respondí yo, es preciso llevarle á casa; si está vivo, todavía tal vez lograremos salvarle: si está muerto, enviaremos á su regimiento sus papeles, que pueden ser de importancia, y sus charreteras que valen algo: vé á preparar nuestra cama.

Rosa corrió á la casa, yo cogí al capitán en mis brazos y lo llevé descansando mas de una vez, pues aun no me hallaba muy fuerte; por fin, bien ó mal, llegué, desnudamos al capitán y vimos que tenia tres bayonetazos en el pecho; pero sin embargo, no estaba muerto.

¡Cáspita! me hallaba bastante apurado, porque no soy médico; pero calculé que el vino que hace bien en el interior, no podía hacer mal en lo exterior, y así vacié una botella del mejor, en una sopera, empapé hilas y se las apliqué sobre sus heridas. Entretanto mi mujer, que como todas las labradoras de los Alpes conocia ciertas yerbas medicinales, se fué á coger algunas á la luz de la luna, hora en que tienen aun mas virtud.

Parece que mis hilas hacian provecho al capitán, porque al cabo de diez minutos exhaló un suspiro, y al cabo de un cuarto de hora abrió los ojos, pero sin ver nada todavía. Si me hubiesen dado cuanto oro podia haber en mi cuarto, no me habria puesto mas contento. En fin, tomaron vida y expresion sus miradas, y despues de haber vagado al rededor de la habitación se fijaron en mí: vi que me reconoció.

— Y bien, capitán, le dije muy gozoso, ¿y si me hubiéseis muerto?

Al oír yo esto, di un brinco. La palabra era magnífica por su espíritu evangélico....

— Quince dias despues, continuó el anciano, se incorporó el capitán con su regimiento, y al dia siguiente un ayudante de campo me trajo quinientos francos de parte del general Massena, con los que compré la casa que tenia alquilada, y el prado que está al rededor.

— ¿Y cómo se llamaba el capitán?

— No lo he preguntado.

Así este anciano habia sido asesinado por un hombre, y habia salvado la vida á su asesino, y no habia tenido en el corazón ni bastante resentimiento por el mal que habia recibido, ni bastante orgullo por el bien que habia hecho, para desear saber el nombre de aquel que le debia la vida, y á quien él habia estado á punto de deber la muerte.

— Pues yo seré mas curioso que lo que vos lo habeis sido, respondí, porque quiero saber cómo os llamais.

— Santiago Elsener, para serviros, dijo el anciano quitándose su sombrero para saludarme, y descubriendo al mismo tiempo y sin pensarlo, la cicatriz que le habia hecho la culata del fusil del capitán.

En este momento Perico se puso á rebuznar; cinco minutos despues Fidel vino corriendo, y en el primer recodo del camino descubrimos á Mariana que nos aguardaba en el umbral de la puerta.

— Hija mia, dijo Santiago, te traigo un buen señor que viene á pedirnos cena y cama.

— Sea bien venido, dijo Mariana, la casa es pequeña y la mesa estrecha; pero sin embargo, hay lugar para el viajero; y me tomó el morral y el palo para llevarlos á mi cuarto.

— ¿Qué tal? ¿cómo habla! dijo Santiago sonriéndose, al verla alejarse; es que esta pobre Mariana

ha recibido su educación de una señorita; esa pobre Mariana es la hija del maestro de escuela de Goldan.

— ¿Pero, dije yo recordando la catástrofe sucedida en 1806 al pueblo que Santiago acababa de nombrar, no habitaba su familia en aquel país cuando al caer la montaña aplastó la población?

— Sí tal, me respondió Santiago; pero Dios ha preservado al padre y á los hijos: solamente la madre pereció.

— ¿Tendría á bien vuestra nuera referirme los detalles de este suceso?

— Todo cuanto queráis, aunque ella era muy jóven cuando sucedió: pero su padre se lo ha contado tantas veces que se acuerda como si la cosa hubiese pasado ayer: — Bájate, Fidel.

Perdonad, señor, es su modo de hacer los honores de la casa.

En efecto, Fidel saltaba junto á mí como si hubiéramos sido conocidos antiguos; tal vez olfateaba al cazador.

— Ahora, me dijo Santiago, si no estais muy fatigado, y gustais subir á la colina que está detrás de mi casa, abarcareis de una sola ojeada el campo de batalla de Muotta-Thal y entretanto Mariana hará lo que tiene que hacer.

Seguí á mi guía llamando á Fidel, que anduvo tras de nosotros unos veinte pasos casi, pero al llegar allí se deluvo meneando la cola, nos miró un rato; despues, viendo que continuábamos nuestro camino, se volvió atrás parándose á mirarnos á cada diez pasos; por último, fué á echarse en el umbral de la puerta, tomandò los últimos rayos del sol poniente.

— Parece que Fidel no es de los nuestros, le dije á Santiago, pues todo me parecia tan unido en aquella familia, que buscaba la razón de las cosas mas sencillas, seguro de encontrar siempre un misterio de intimidad.

— Sí, si, respondió el anciano, Fidel en tiempo de mi pobre Francesco nos queria á todos igualmente aquí, porque todo el mundo era feliz; pero desde que le hemos perdido, se ha unido á su viuda; parece que ella es la que mas ha padecido; sin embargo, yo era el padre. En fin, Dios nos lo habia dado, Dios nos lo ha quitado; ¡hágase su voluntad!

Seguí con respeto á aquel anciano tan sencillo, tan resignado en su dolor, y llegamos á la cima de la colina, desde donde se descubria una parte del valle, desde Muotta hasta Schonemburch: á la derecha divisábamos la cumbre de la montaña, que desde 1799 se llama el *Paso de los Rusos*; dos leguas mas allá de Muotta, el monte Prager cerraba el valle y lo separaba del Klou, que comienza en la otra falda de la montaña y baja hasta Nœfels. Dominábamos el mismo sitio en que habia venido á estrellarse sobre nuestras bayonetas la salvaje reputacion de Suwarow, y en que el gigante del Norte, corriendo desde Moscou, se vió obligado á batirse él mismo en retirada, despues de haber escrito á Korsakoff y á Jellachich, que habian sido derrotados por Lecourbe y por Molitor: «Vengo á reparar vuestras faltas:» manteneos firmes como murallas. Me respondereis con vuestra cabeza de cada paso que deis» hacía atrás.

Quince dias despues, el que habia escrito esta carta, derrotado y huyendo despues de haber dejado

en las montañas ocho mil hombres y diez piezas de artillería, atravesaba el Reuss por un puente hecho apresuradamente con dos pinos que sus oficiales habían unido con sus fajas.

Permanecí allí casi cerca de una hora examinando todo aquel valle tan atormentado entonces, y hoy tan tranquilo. En el primer término tenía la casa, levantándose en medio de la verde alfombra sombreada por un enorme nogal, con su chimenea que elevaba en espiral su humo, tan tranquila se hallaba la atmósfera; en segundo término la aldea de Muotta, bastante cerca de mí para que viese sus casas, pero bastante distante para distinguir sus habitantes. En fin, en el horizonte el monte Prugel, cuya nevada cima tomaba un sonrosado tinte de los últimos rayos del sol.

Hay una gran semejanza entre el marino y el montañés, y es que uno y otro son religiosos; esto consiste en el poder del gran espectáculo que tienen incesantemente delante de sus ojos: en los eternos peligros que los rodean, y en esos grandes gritos de la naturaleza que se hacen oír en el mar y en la montaña.

A nosotros, habitantes de las ciudades, nada llega grande; la voz del mundo cubre la de Dios; y para encontrar un poco de poesía nos es preciso el ir á buscar en medio de las olas, esas montañas del Océano, ó en medio de las montañas, esas olas de la tierra. Entonces, por poco poetas ó religiosos que hayamos nacido, lo que frecuentemente es lo mismo, sentimos despertarse en nuestro corazón una fibra que se estremece, sentimos vibrar en nuestra alma una voz que canta, y comprendemos bien que esa fibra y esa voz no estaban ausentes,

sino adormecidas, que era el mundo el que pesaba sobre ellas, y que á las alas de la poesía y de la religión, como á las de las águilas, les falta la soledad y la inmensidad. Entonces se comprende perfectamente la resignación del montañés y del marinero, ora camine errante por las neveras, ora bogue en el Océano. Allí el espacio es demasiado grande para que sienta profundamente la pérdida de una persona amada; solo cuando entra en su cabaña ó en su casa de campo, echa de ver que hay una madre de menos en el hogar entre él y su hijo, ó que falta un niño á la mesa entre él y su mujer, entonces sus ojos, que había levantado altos y resignados en tanto que había podido ver el cielo á donde ha ido el alma, al perder de vista el cielo, se inclinan llorosos á la tierra que encierra el cuerpo.

El anciano me dió un golpecito en el hombro: Fidel venia á anunciarnos que la cena estaba lista.

### HISTORIA DEL PERRO.

— Colocaos ahí, me dijo el anciano, acercando una silla á donde estaba mi cubierto preparado. Ese era el sitio de mi pobre Francesco.

— Escuchad, padre, le dije, si no tuviéseis un alma poderosa, un corazón lleno de religion, si no fuéseis un hombre cortado según el espíritu de Dios, no os preguntaría ni lo que era vuestro hijo ni cómo ha muerto; pero creéis y por consiguiente esperáis. ¿Cómo Francesco os ha dejado aquí abajo, para ir á esperaros en el cielo?

— Teneis razon, respondió el anciano, y me habeis un bien hablándome de mi hijo. Cuando no estamos mas que los tres, Fidel, mi hija y yo, quizá le olvidamos alguna vez, ó aparentamos olvidarlo para no afligirnos unos á otros, pero así que entra un forastero nos recuerda su edad, desde que deja su baston donde Francesco dejaba su carabina, y cuando ocupa en el hogar ó en la mesa el asiento que ordinariamente ocupaba el que nos ha abandonado, entonces nos miramos los tres y vemos que

la herida no está aun cicatrizada y que necesita todavía mas lágrimas. ¿No es cierto, Mariana? ¿no es así, mi pobre Fidel?

La viuda y el perro se acercaron á un mismo tiempo al anciano: la una le alargó la mano, el otro colocó su cabeza sobre sus rodillas. Algunas lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del padre y de la mujer; el perro dió un lastimero aullido.

— Sí, continuó el anciano, un dia entró de vuelta de Speringen, que está á cinco leguas de aquí, por la parte de Altorf; traía en brazos á este (el anciano extendió la mano colocándola en la cabeza de Fidel), que no era entonces mas grande que el puño. Lo habia encontrado en un montón de estiércol, adonde lo habian arrojado con otros dos hermanos suyos; pero los otros habian caído sobre el empedrado y se habian matado. Se le hizo calentar leche y empezóse á alimentarle como á un niño con una cuchara; no era muy cómodo, pero el animalito estaba allí, y no era cosa de dejarlo morir de hambre.

Al abrir Mariana al dia siguiente la puerta halló en el umbral una hermosa perra que se entró adentro como si estuviera en su casa, dirigiéndose inmediatamente al cesto en donde estaba Fidel, y le dió de mamar. Era su madre, que guiada por el instinto habia seguido el mismo camino que Francesco, y así que el cachorro mamó volvió á tomar el camino de Speringen. A las cinco horas tornó para el mismo objeto, volvióse á marchar como antes, y al dia siguiente al abrir la puerta se la encontró otra vez tendida en el umbral.

Durante seis semanas, y dos veces cada dia, hizo la perra su viaje de ida y vuelta de Speringen, es

decir, veinte leguas de camino, pues su amo le habia dejado un hijo en Sessigen, y Francesco habia traído el otro aquí, de modo que se dividía entre sus dos cachorros. En todos los animales de la creación desde la perra hasta la mujer, el corazón de una madre es siempre una cosa sublime. Al cabo de este tiempo no se la vió mas que cada dos dias, pues Fidel comenzaba á poder comer; despues no vino mas que cada semana, y por último, ya no se la vió mas que á muy largas épocas, á la manera de una vecina del campo que hace sus visitas.

Francesco era un osado cazador de las montañas, era muy rara la vez que la carabina que veis ahí colgada sobre la chimenea disparase una bala que se perdiese. Casi cada dos dias le veíamos bajar con una gamuza al hombro, y de cuatro guardábamos una, vendiendo las otras tres; era una renta de cien luises por año. Nosotros hubiéramos querido mejor que Francesco solo hubiese ganado la mitad en otro oficio; pero Francesco era mas cazador por gusto que por oficio, y sabeis lo que es esta pasión en nuestras montañas.

Un dia pasó por nuestra casa un inglés, Francesco acababa de matar á un soberbio lamimergerjer (buitre de los Alpes), el pájaro tenia diez y seis piés de una á otra parte de las alas, le preguntó si se podría coger otro igual vivo; Francesco respondió que era preciso cogerlo en el nido, y que esto solo se podía hacer en el mes de mayo, cuando las águilas están en huevos. Ofreció el inglés doce luises por dos aguiluchos, dejó las señas de un negociante de Ginebra, corresponsal suyo, que se encargaria de remitirselos, dió á Francesco dos luises por señal

y le dijo que el negociante le daría el resto al entregarle los aguiluchos.

Ya habíamos olvidado Mariana y yo la visita del inglés cuando á la primavera siguiente nos dijo Francesco una tarde al volver á casa:

— Ya he encontrado un nido de águila.

Nos estremecimos Mariana y yo, y sin embargo era una cosa muy sencilla lo que nos decía, y nos la habia repetido con mucha frecuencia.

— ¿Y en dónde? le pregunté.

— En el Frolen-Alp. — El anciano extendió el brazo hácia la ventana. — Es, dijo, esa gran montaña de nevada cumbre que desde aquí veis.

Hícele seña con la cabeza de que la veía.

Tres dias despues salió Francesco como de costumbre con su carabina, y le acompañé durante unos cien pasos, porque yo mismo iba á Zug, y no debia de regresar hasta el dia siguiente. Mariana nos miraba á los dos: Francesco la vió en la puerta, se despidió de ella con la mano, la gritó, *hasta la noche*, y se internó en el bosque de bayas por cuya orilla hemos pasado hoy.

Vino la noche sin que Francesco pareciese, pero esto no alarmó mucho á Mariana porque sucedia frecuentemente que Francesco se quedase á dormir en la montaña.

— Perdonad, padre mio, os equivocais, interrumpió la viuda; todas las veces que Francesco tardaba, me affigia yo mucho, y eual si hubiese tenido un presentimiento de lo que iba á suceder, aquella noche estaba mas alarmada que de costumbre. Además me hallaba sola, no estábais allí para tranquilizarme; Fidel, á quien Francesco no se habia llevado consigo, se escapó por la mañana para

reunirse con su amo: al anochecer habia nevado, y el viento era frio y triste. Miraba en la chimenea bailar llamas azules parecidas á los fuegos fatuos que corren en los cementerios, liritaba continuamente, tenia miedo y no sabia de qué. Los bueyes inquietos en el establo mugieron tristemente como cuando ronda un lobo en la montaña. De repente oí estallar una cosa detrás de mí: era ese espejito que vos nos habíais dado el dia de la boda, el cual se hizo pedazos por sí solo, cual todavía lo veis. Me levanté y fui á ponerme de rodillas delante del crucifijo; apenas habia comenzado á rezar se me figuró oír en la montaña el aullido de un perro que se lamentaba; púseme en pié, sentí correr un estremecimiento por todo mi cuerpo. En aquel momento el crucifijo que estaba mal colgado se cayó, se rompió uno de sus brazos de marfil; me bajé para recogerle, pero oí un segundo aullido, mas inmediato: dejé el Cristo en el suelo; fué un sacrilegio sin duda, pero habia creído reconocer la voz de Fidel. Corri á la puerta, puse la mano sobre la llave no atreviéndome á abrir, clavados los ojos sobre aquella cruz de madera negra, en la que no quedaban mas que la calavera y los dos huesos; ya no era un signo de esperanza, era un simbolo de muerte. Hállabame así trémula, yerta, cuando una violenta ráfaga de viento abrió la ventana y apagó la lámpara. Di un paso para ir á cerrar aquella ventana y volver á encender la lámpara, cuando en aquel mismo instante, resonó en la misma puerta un tercer aullido: lancéme á ella, la abrí, entró Fidel enteramente solo; empezó á saltar como de costumbre, pero en vez de acariciarme me agarró el vestido y tiraba de él. Adiviné que Fran-

cesco se encontraba en peligro de muerte, y sin cerrar puerta ni ventana me eché fuera; Fidel caminaba delante de mí, seguíle.

Al cabo de una hora ya no tenia zapatos, mis vestidos estaban hechos jirones, la sangre corria por mi rostro y por mis manos; andaba con los piés descalzos sobre la nieve, los jarales y el duro pedernal; nada sentia. De cuando en cuando me daban ganas de gritar á Francesco que ya iba á su encuentro, pero no podia, ó mas bien no me atrevia.

Por todas partes donde pasaba Fidel, por allí pasaba yo tambien; no sé deciros por dónde ni cómo; porque nada sé. Despeñóse de la montaña un alud: oí un estruendo semejante al del trueno, sentí vacilar todo como en un terremoto. Me agarré á un árbol, el alud pasó. Fui arrastrada por un torrente, sentí que iba rodando algun tiempo, despues fuí á tropezar contra un peñasco al que me así, y sin saber cómo me hallé de pié y fuera del agua: ví brillar los ojos de un lobo en un matorral que habia en el camino, dirigime en derechura al matorral, sintiéndome con valor para ahogar el animal si se atrevia á atacarme, pero el lobo tuvo miedo y echó á huir. En fin, al amanecer, guiada siempre por Fidel, llegué á orillas de un precipicio, sobre el que se cernia un águila, ví en el fondo una cosa como un hombre tendido, y dejándome resbalar por un peñasco en cuesta, caí junto al cadáver de Francesco.

El primer momento fué todo del dolor, yo no averiguaba cómo se habia matado, sino que me echaba sobre él, palpaba su corazón, sus manos, su rostro; todo estaba frio, todo estaba muerto; creí que iba á morirme, pero pude llorar.

No sé cuánto tiempo permaneci así : alcé por fin la cabeza y miré en derredor mio.

Junto á Francesco habia un águila hembra ahogada, sobre la punta de un peñasco un aguilucho vivo triste é inmóvil cual un pájaro esculpido, y en el aire el macho describiendo eternos círculos y dejando oír de cuando en cuando un chillido agudo y lastimero. En cuanto á Fidel, sin aliento y muriéndose tambien, se habia echado al lado de su amo y lamia su rostro cubierto de sangre.

Francesco habia sido sorprendido por el padre y la madre : atacado por ellos, sin duda, en el momento en que acababa de apoderarse de su hijo y forzado á desasirse del peñasco por el que trepaba, se habia caído ahogando al águila que se habia arrojado sobre él y cuyas garras estaban aun marcadas en su espalda.

Ved porqué queremos tanto á Fidel, continuó el anciano : á no ser por él, el cuerpo de Francesco hubiera sido pasto de los lobos y de los buitres, mientras que gracias á él descansa tranquilamente sepultado en una tumba cristiana, sobre la que de tiempo en tiempo, cuando la resignacion nos falla, podemos ir á rezar...

Comprendí que Santiago y Mariana necesitaban quedarse solos, y en vez de ponerme á la mesa, me salí de la habitacion.

## HISTORIA DE LA MUJER.

A las diez me llevó el anciano al cuarto que habia preparado para mí; sobre una mesa cerca de mi cama habia un manuscrito, tinta y plumas.

— Aquí teneis, me dijo Santiago, me habeis pedido detalles sobre el hundimiento de Coldau, y yo no he querido hablar á mi hija de este accidente que la hubiera recordado la muerte de su madre, sobre todo en unos momentos en que ya tenia el corazon bastante quebrantado; pero aquí encontrareis una relacion exactísima de aquella catástrofe, escrita por su padre, mi antiguo amigo, llamado José Vigeld. Podeis copiarla y vereis que Dios fué quien preservó á Mariana para que pudiera ser algun día el consuelo de un viejo que ya no tiene hijo.

Dí gracias á mi huésped; pero tenia bastantes recuerdos para ocupar la noche y aplacé para el día siguiente por la mañana este nuevo trabajo.

Me despertó un rayo de sol que empezó á danzar alegremente sobre mis ojos cerrados, y quieras que